

LA RELACIÓN DEL *INDIVIDUO SINGULAR* CON DIOS EN LOS *DIARIOS* DE SØREN A. KIERKEGAARD

José García Martín

Universidad de Málaga

Resumen

El tema que voy a tratar es el de qué cualidades debe poseer el individuo en el sentido cristiano según aparece en los *Dagbøger* (*Diarios*) Kierkegaard. O expresado con otras palabras: ¿qué es aquello que hace al hombre un individuo singular? Estas son: 1) la relación con Dios; 2) el espíritu; 3) el sacrificio o martirio; y 4) la soledad o aislamiento. De entre ellas, la “relación con Dios” (que es la que comentaré) se constituye en la más determinante e importante; aunque también es cierto que no se puede separar de las demás en los textos autobiográficos del escritor danés.

Abstract

The topic that I will deal about is what characteristics, in Christianity sense, have to be evident according to Kierkegaard's Journals. In other words, what does the single individual mean? It means: a) divine relation; b) spirit; c) martyrdom; d) isolation or loneliness. I will talk about the most important one, which it is the first. However, all of them are inseparable into the autobiographical texts of the Danish writer.

Palabras clave: Individuo singular; Dios; lo numérico; cristianismo; cristiandad.

Keywords: The single individual; God; the numerical thing; Christianity; Christendom.

1. Ser un “yo-ante-Dios”: la relación con Dios.

Seguramente de entre todas ellas haya que subrayar la *relación con Dios*¹, puesto que las demás se entienden y/o deducen de ésta. En efecto, sin dicha relación no habría *sacrificio* o *martirio* ni tampoco *soledad* o *aislamiento* del individuo. En cambio, el *espíritu* parece más una condición, esto es, algo previo que posee o debe poseer todo individuo para que realmente pueda relacionarse con Dios. Visto todo lo cual, se puede

sostener que la categoría de *individuo singular* (“den Enkelte”) es teocéntrica o cristocéntrica; es decir, el singular es un yo (“Selv”) escatológico o teológico² que está para y ante (“for”) Dios³ (“Gud”).

A Dios, pues, lo tenemos cerca. Pero esa proximidad no debe significar la abolición panteística de la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre, como ocurre en Hegel⁴ y, en general, con el romanticismo de la época.

El Romanticismo fue un movimiento cultural muy amplio y complejo del siglo XIX europeo, que se produjo como reacción al excesivo endiosamiento de la Razón producida en la etapa anterior del Racionalismo y la Ilustración. De este modo, se impone un predominio del individualismo y de la subjetividad en su dimensión irracional (la emoción y el sentimiento, la imaginación y la fantasía, lo onírico y lo exótico). En el ámbito de la religiosidad, el Romanticismo dio lugar a una religión natural o Deísmo. La consecuencia fue la pérdida de la trascendencia divina y de la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, el movimiento romántico también tuvo sus aportaciones positivas. Con el desarrollo del subjetivismo y el individualismo, los románticos suministraron la base de una preocupación filosófica por la personalidad y la necesidad de una filosofía sistemática. «Este Romanticismo, con su insistencia en la autodefinition interna y sus ataques desde dos direcciones diferentes —empleando subjetivismo e individualismo por una parte, y un sistema objetivo por la otra—, constituyó tanto el ímpetu positivo como (sobre todo) negativo para la obra de Søren Kierkegaard»⁵.

Entonces, ¿fue Kierkegaard un romántico⁶?; y si lo fue, ¿en qué sentido? Kierkegaard fue un romántico en varios aspectos: a) en cuanto a su desgraciada relación amorosa con Regina Olsen⁷ (más tarde Schlegel); b) por su carácter imaginativo y la fantasía desplegada en su obra pseudónima; c) por la importancia dada el tema del individuo y a la subjetividad; d) por subrayar los límites de la razón; e) respecto al énfasis puesto en la libertad del individuo y su capacidad de elección. Ahora bien, no lo fue en aquellos aspectos que no podía serlo, o bien en la manera de entender justamente aquellos otros con los que en principio (o aparentemente) coincidía. Dicho de forma directa:

Kierkegaard, de forma clara, no fue un romántico en cuanto a la manera de entender la religión o religiosidad cristiana; así como tampoco con relación a la idea de Dios y Jesucristo. Y en cuanto a esas otras características del Romanticismo, pienso que nuestro escritor danés se sirvió de forma interesada de ellas, para conquistar la atención de sus lectores (obras de comunicación indirecta o pseudónimas) y, de este modo, darles a conocer las consecuencias de tales posturas, a la vez que su verdadero significado (obras de comunicación directa o religiosa).

Retomando de nuevo el tema de la relación con Dios en Kierkegaard, hay que tener en cuenta que aquella cercanía de la que hablábamos es inversamente proporcional a la apariencia o fenómeno de la presencia de Dios. El filósofo danés establece la siguiente ley para la cercanía y lejanía de Dios: mientras el fenómeno o apariencia exprese más que es imposible que aquí se encuentre Dios, más cerca está Él (y viceversa) (cfr. Kierkegaard, 1961-1969: XI 2 A 51). De todas maneras, no hay que confundirse, porque si buscamos a Dios debemos dirigirnos hacia nuestra propia interioridad. A este respecto, llegar a relacionarse con Dios supone un viaje de descubrimiento arduo y difícil, un viaje hacia el interior, pero conservándose como una singularidad (ídem: XI 2 A 171).

2. Necesidad, significado y fundamento de la relación con Dios

No hace falta más que fijarse un poco en los textos de los *Diarios* para darse cuenta del tremendo peso cualitativo de aquellos en los que Kierkegaard, ya sea de una manera o bajo algún aspecto, habla sobre Dios y Jesucristo (ídem: IX A 57; XI 1 A 199; X 2 A 206). Por tanto, lo primero que cabe destacar es la preocupación —digamos— divina y su importancia. Si bien, desde el punto de vista simplemente numérico, es mayor la proporción de los que hablan sobre el “individuo”. También, por otro lado, los textos sobre Dios —como los del individuo— son diacrónicamente precoces. Lo cual refuerza aún más dicha preocupación.

En segundo lugar, debo detenerme, aunque de manera breve, en la concepción o idea de Dios que tiene Kierkegaard. Evidentemente, esta no puede ser otra que la cristiana. Pero revivificándola y apelando a lo que contiene de exigencia; a la vez, vuelve de nuevo patente la inexcusable comunicación personal con nuestro Padre, y señala ese camino propuesto por Jesucristo como auténtico y perfecto hombre o individuo singular. Pero en la época de Kierkegaard, como se lamenta en un texto de sus *Diarios*, la idea de Dios ha dejado de tener poder sobre la vida humana porque ha llegado a convertirse en algo fantásticamente elevado (ídem: X 1 A 64). Es decir, en algo que estaría fuera de nuestro alcance, en algo irreal: en una idea puramente intelectual. Llegado a este punto, merecería la pena referirnos también de manera parca al concepto de *idea* (“Idee”).

Lo primero que se le viene a uno a la mente, debido al contexto filosófico de su etapa histórica, es si tiene algo que ver con el concepto hegeliano de “idea”. Mi opinión es que no; no se trata de un concepto abstracto, ni se refiere a la realidad en sentido de absoluta. La idea para el danés es ese principio orientador y constitutivo de nuestra existencia según el cual somos seres espirituales. Afirma Kierkegaard: «Hay insectos que se defienden contra sus perseguidores levantando el polvo. De este modo “el ser humano” tiene instintivamente la tendencia de defenderse contra la idea, el espíritu, levantando el número. El número es lo opuesto a la idea y al espíritu» (ídem: XI 2 A 434).

Si nos fijamos de forma atenta en este texto, podríamos caer en la tentación de concluir que dicha idea es la de *individuo singular*, ya que éste se caracteriza por el espíritu y por ser algo en contradicción con lo numérico o multitud. Sin embargo, no es así. En un texto que ya hemos citado, se critica el hecho de que los hombres no puedan relacionarse inmediatamente con la idea, sino mediatamente a través de la tradición (ídem: XI 1 A 42) que se transmite de generación en generación, transformando el cristianismo en algo histórico (ídem: XI 1 A 338). De esta forma, no ocupan sus vidas en dicha relación, degenerando en individuos ejemplares, en vez de ser, según el cristianismo del Nuevo Testamento, individuos singulares (ídem: XI 1 A 42). Aquí “idea” parece significar más bien Dios, o ser un auténtico individuo cristiano en

comunicación con Dios. Y en otro texto, donde Kierkegaard habla de la diferencia entre la *muchedumbre* (“Mængde”), el *público* (“Publikum”) y la *comunidad* (“Menighed”), se nos dice que «lo que une a la comunidad es que cada cual sea un individuo singular, y luego la idea» (idem: X 2 A 390). La idea se convierte en este caso en un principio de cohesión social secundario, puesto que el primero es el singular. En definitiva, pienso que para el filósofo danés la idea en general significa aquel principio espiritual que da sentido a la existencia del individuo singular (idem: I A 75).

Aclarada la cuestión, ¿cómo entiende Kierkegaard esa relación del hombre con Dios, y cuál es su fundamento? Creo que al respecto cabe citar un texto clave: «así pues, también con el nacimiento natural del alma tiene que pensarse en una relación espontánea con la divinidad creadora; entonces se ve que será una cuestión puramente metafísica, sobre la cual se empieza, y el individuo reflexivo siempre tiene que darse cuenta de la relación con la divinidad; pero justamente porque el nacimiento espiritual mismo está por encima de toda conciencia, tiene que meterse en lo divino; y el hecho de que el individuo singular pueda reflejarlo muestra, por tanto, la prioridad de lo divino» (idem: III A 25).

En efecto, el fundamento de la relación del individuo con Dios se encuentra en el mismo acto creador, mediante el cual se nos dona nuestro ser y existimos⁸. Este hecho no solamente pone de manifiesto nuestra individualidad, sino también la diversidad de la obra creadora de Dios (Kierkegaard, 1961-1969: X 3 A 778); es decir, la creación en sí misma es diferencia, heterogeneidad. Debemos, pues, reflexivamente tomar conciencia de nuestra filiación y valía; de que la mencionada relación es, o debe ser, lógica y normal; incluso espontánea y natural. Esto significa también que, según el Nuevo Testamento, cada ser humano singular se relaciona directamente con Dios (idem: XI 1 A 110).

Lo que sucedía, criticaba Kierkegaard, es que se interponía en su época el estado o el género humano. En vez de relacionarnos con Dios como individuos singulares, lo hacemos como conjunto; transformamos lo que debe ser personal en algo social, poniendo el género como una determinación intermedia entre Dios y el individuo

singular. La sociabilidad es una concesión que se hace cuando la idealidad de la relación con Dios ha llegado a ser demasiado fuerte. Entonces se necesita a otro para hablar de ello (ídem: IX A 315). Con todo, la unión no es sino la sublevación contra Dios (ídem: XI 1 A 248). Precisamente el cristianismo separaría a las personas para juntarlas con Dios como individuos singulares (ídem: XI 1 A 96). En este sentido, Kierkegaard es muy contundente: no podemos tener una relación inmediata con Dios desde lo humano universal (ídem: X 5 A 95). Porque Dios desea que cada uno de nosotros se atreva a relacionarse con él, ofreciéndonos lo más elevado, que es tener que ver con Él: «No quieres ser el primero. Por tanto, necesitas algo delante de ti, ¿verdad?; necesitas el “grupo”: quieres ser animal [...]. No quieres ser el primero. Correcto, porque no te atreverías. Cuando se tiene cuidado en tener a los otros delante de uno, mientras más mejor, tanto menos se atreve uno; o mejor dicho, al final no se atreve para nada, o de forma más correcta se hace justamente lo contrario del hecho de atreverse. Pero Dios quiere que tú, que cada uno se atreva. Dios no quiere dejarse burlar, cuando Él, en infinita gracia, casi bromea con su majestad divina ofreciendo a cada individuo singular lo ilimitadamente más alto: tener que ver con Dios. Así pues, Dios no quiere dejarse burlar por las monerías inteligentes y cobardes de los hombres, que prefieren la imitación y la animalidad pensando conseguir lo mismo» (ídem: XI 1 A 453).

No se debe vivir —que sería el caso de la llamada cristiandad— como individuos ejemplares despreocupados y divirtiéndose en su relación genérica con Dios (ídem: X 4 A 515). Toda llamada de Dios siempre se dirige a uno. Pero parece inevitable que ante esa llamada de arriba se oponga la llamada de abajo, esto es, lo numérico (ídem: X 4 A 11) y lo animal. Lo numérico es un lastre, una rémora que hay que soltar para poder de esta forma acercarnos a Dios, porque Él no está para la masa, sino sólo para el *individuo singular* (ídem: XI 1 A 227). Y cuando preferimos escondernos tras o entre la masa, nos convertimos en animales, es decir, en individuos ejemplares.

Algunas veces jugamos un tanto al escondite con Dios; pero «lo que Dios quiere ver ahora con cada individuo singular es: ¿quieres ser un hipócrita, o quieres relacionarte

con la verdad?» (ídem: X 4 A 638). Es esencial que nos relacionemos primitivamente con Dios sin “tapaderas” de ningún tipo (ídem: XI 1 A 155).

La verdad es que Dios se preocupa tanto del más pequeño como del más grande (ídem: VII 1 A 180). Porque Dios es amor, y nos ama a cada uno de nosotros como individuos, ya que no se puede amar en masa. Es lícito afirmar que el amor mismo individualiza (como la muerte y el pecado). En esa misma medida también cada cual debe amarle (ídem: XI 1 A 453). Queda justificada la aseveración de Kierkegaard de que cada ser humano tiene un asunto, y este es Dios; no al contrario (ídem: X 4 A 640). Es decir, a diferencia de la actitud normal de ajetrearse con lo mundano, de perderse en el terrenal ruido, el danés nos propone hacer de Dios⁹ nuestro primer negocio u ocupación diaria: tenemos que luchar por su causa. Dios, pues, es una prioridad absoluta, en la misma medida en que es lo Absoluto.

Según el cristianismo, la ley de la existencia es relacionarse como singular con Dios: primero con Dios y no con *los otros*; porque ser como los otros, denuncia Kierkegaard, es un crimen de lesa majestad contra Dios (ídem: XI 1 A 384). De este modo, también la relación del singular con Dios es absoluta, incondicional; mientras que para la concepción cristiana ortodoxa sería una relación comparativa, esto es, en comparación con los otros (ídem: VIII 1 A 24). Para Dios solo cuenta el individuo de forma espiritual, puesto que espiritualmente un individuo es más para Dios. En esto consiste el cristianismo, en que cada ser humano puede ser individuo (ídem: XI 1 A 498). Por consiguiente, la fórmula para ser cristiano es relacionarse como individuo singular con Dios¹⁰.

No obstante, la archimencionada relación arrastra nuestra existencia a la catástrofe, temporalmente hablando; aunque desde el punto de vista de la gloria no, porque ella está en proporción con el esfuerzo de querer relacionarse con Dios como singular: por ésta uno lo debe tolerar todo, no escapándose de tal empeño uniéndose con los demás (ídem: *Pap.* XI 1 A 257).

Por otro lado, y con relación a la gracia, ningún ser humano puede ser una instancia intermedia cuando nos dirigimos a Dios (ídem: X 5 A 64). Tampoco respecto a las Sagradas Escrituras: «En cuanto a lo que se refiere a la pregunta de qué es el cristianismo, es la voluntad de Dios que cada ser humano, hablando de este asunto, tiene para Él que relacionarse con las Escrituras Sagradas; pero no quiere este disparate entre hombre y hombre. Aquel que se queda con Dios de este modo, un tal individuo llega a ser un individuo auténtico» (ídem: X 3 A 497). Y en otro texto nos dice Kierkegaard también que la Biblia va dirigida al individuo singular, no al género humano (ídem: X 3 A 348) como tal.

3. Conclusiones

Como vemos, el pensamiento de Kierkegaard en estos puntos presenta una clara influencia del luteranismo —al cual también critica¹¹—, aunque en otros estaría más cerca del catolicismo.

En último lugar, es menester añadir que la relación del individuo singular con Dios se concreta en tres aspectos o puntos: 1) el singular escucha la palabra de Jesucristo; 2) la pone en acción mediante la imitación, es decir, le sigue; 3) y por último, el singular se convierte en un medio o instrumento en manos de Dios.

Bibliografía

- Cardona, Carlos 1987, *Metafísica del bien y del mal*. Pamplona, Eunsa,
- Collado, Jesús-Antonio 1962, *Kierkegaard y Unamuno*. Madrid, Gredos,
- Bonifaci, C. F. 1963, *Kierkegaard y el amor*. Barcelona, Herder,.
- Bukdhal, Jørgen 2001, *Søren Kierkegaard and the Common Man*. Michigan: William B. Eerdmans. Translated, revised, edited, and with notes by Bruce H. Kirmmse. Grand Rapids.

- Kampmann, Theoderich 1953, *Kierkegaard como educador religioso*. Madrid, C.S.I.C Traducción y prólogo de José Artigas.
- Kierkegaard, Søren 1979, *Cartas del noviazgo*. Buenos Aires, Editorial Siglo Veinte,. Traducción del francés de Carlos Correas..
- Kierkegaard, Søren 1991, *Samlede Værker (Obras Completas)*. Copenhague, Gyldendal,. Editado por A. B. Drachmann, J. L. Heiberg y H. O. Lange.. 20 tomos.
- Kierkegaard, Søren 1961-1969, *Obras y papeles*. Madrid, Guadarrama,. Versión castellana inacabada del original danés de Demetrio Gutiérrez Rivero. 10 volúmenes.
- Søren Kierkegaards Papirer (Papeles de Søren Kierkegaard)* 1968-1978. Copenhague, Gyldendal,. Segunda edición ampliada por Niels Thulstrup. Tomos I-XVI.
- Sagi, Avi 2000, *Kierkegaard, religion, and existence. The Voyage of the Self*. Amsterdam-Atlanta, Ediciones Rodopi B.V.,
- Torrallba Roselló, Francesc 1993, *Amor y diferencia. El misterio de Dios en Kierkegaard*. Barcelona, PPU.
- 1993, *Dios, individuo y libertad*. Barcelona, Universidad de Barcelona, Colección: Tesis doctorales microfichadas.
- Vardy, Peter 1997, *Kierkegaard*. Barcelona, Herder. Traducción de Maite Solana.

¹ Tanto es así que Kierkegaard hace de ella la condición misma de la felicidad. Cfr. Kierkegaard, 1961-1969: XI 1 A 296. Y A. Sagi, 2000 afirma: «In sum, Kierkegaardian thought and existent move between two poles that constitute them: God and the individual, or a transcendent pole and an immanent pole. The dialectic posed by each pole and the relationship between them emerges throughout Kierkegaard's work as well as in his life. The two poles emerge in the cause of the Kierkegaardian explication as two manifestations of the same datum: existent as religious. GAT appears as two poles are really two elements reflecting the meaning of existent as religious». (p. 185).

² «El “sí mismo” recibe una nueva cualidad y una nueva cualificación por el hecho de ser ante Dios. Este yo no es el “sí mismo” puramente humano, sino lo que yo llamaría “sí mismo” teológico, el ser ante Dios». (Collado, 1962: 52).

³ Como sabemos, en *La enfermedad hasta la muerte (Sygdommen til døden)* podemos encontrar un análisis o estudio del hombre como espíritu, y por tanto como yo, cuyo fundamento se encuentra en Dios. Precisamente tal enfermedad — la desesperación— consiste en negar esa relación divina queriendo prescindir de ella, afirmando un yo sin ella y contra Dios. En este contexto, desde el punto de vista religioso, dicha enfermedad no es sino el pecado. Cfr. edición española de Demetrio G. Rivero *La enfermedad mortal*, Madrid, Guadarrama, 1969 (*Samlede Værker* 15, p. 66 y ss).

⁴ «Que sea abolida panteísticamente la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre, primero de modo noble y especulativo, y plebeyamente después por calles y callejones, es el reproche capital de Kierkegaard contra la consideración del hombre y el mundo en Hegel y Goethe». (Kampmann, 1953: 40).

⁵ «This Romanticism, with its insistence on internal self-definition and its attacks from two different directions — employing subjectivism and individualism on the one hand, and an objective system on the other— constituted both the positive and (especially) the negative impetus for the work of Søren Kierkegaard». (Bukdhal, 2001: 2).

⁶ «No hay que buscar en Kierkegaard las grandes manifestaciones del romanticismo. No hay que olvidar que ante todo se trata de un especulativo; y que si a esta capacidad intelectual se une una sensibilidad notabilísima, ésta jamás llegó a desbordarse sentimentalmente, como ocurre en algunos románticos [...]. Por ello Kierkegaard, dentro de la línea de los románticos, ocupa un lugar especialísimo y *sui generis*, por cuanto sus sentimientos nunca llegaron a predominar de tal forma que desplazaran a la razón, como solía ocurrir en la época, ni tampoco la razón ahoga al individuo, como en el racionalismo y el sistema» (Bonifaci, 1963: 25-26).

⁷ La causa (o más bien causas) de la ruptura del compromiso matrimonial de Kierkegaard con Regina no está del todo clara. Parece que tienen relación, en todo caso, con su interioridad o personalidad. En una carta del uno de enero de 1842 a su amigo del alma, Emil Bøsen, durante su estancia en Berlín, escribe: «Yo la habría aniquilado si le hubiese dejado adivinar mi vida llena de horribles tempestades para decirle entonces: “Es por eso que te abandono”. Hubiese sido vil iniciarla en mis tristezas sin ayudarla a soportar el choque recibido» (Kierkegaard, 1979: 140).

⁸ En esa misma línea, afirma C. Cardona: «Es la propiedad privada de su acto de ser lo que constituye propiamente a la persona, y a la diferencia de cualquier otra parte del universo. [...], señalándole ya para toda la eternidad como *alguien delante de Dios y para siempre*»; y más adelante continúa: «Precisamente porque es persona, el hombre se trasciende a sí mismo, se abre al infinito, en una relación personal a Dios y a las otras personas creadas». (cfr. *Metafísica del bien y del mal*: pp. 90 y 91).

⁹ Según P. Vardy, habría una serie de obstáculos en el hecho de vivir en relación con Dios para Kierkegaard: a) la enfermedad de la recompensa; b) desear el bien por temor al castigo; c) servir egocéntricamente al bien; y d) comprometerse hasta cierto punto. (Cfr. *Kierkegaard*, 1996: 106-113).

¹⁰ «Como singular, bastante literalmente como singular, relacionarse para dirigirse a Dios personalmente, es la fórmula para ser cristiano». («Som Enkelt, ganske bogstaveligt som Enkelt at forholde sig til at henvende sig til Gud personligt er Formelen for at være Christen»). Kierkegaard, 1961-1969: XI 2 A 135.

¹¹ Ídem: X 5 A 121, donde cuestiona el hecho de que Lutero fundara partido, en vez de evitarlo siendo un singular solitario que interiorizara el cristianismo; la consecuencia fue de nuevo la “letanía” y la “exterioridad”. De todos modos, lo califica como un gran hombre. También ídem: X 2 A 263, donde critica la falta de claridad de la predicación de Lutero en algunos aspectos y su falta de concordancia con su vida, aunque actuara correctamente; su conclusión es que fue mejor su doctrina que su vida.